

dice Kafka en *El Castillo* y este fracaso cobra aún mayor fuerza en «El veredicto». Todo lo que se hace resulta siempre opuesto al autoritarismo y por lo tanto debe fracasar. En los sistemas represivos, la acción es considerada negativa en tanto es real y efectiva. Lo que no hay que hacer es hacer.

La culpa inoculada por el totalitarismo sirve para inmovilizar y multiplicar la repetición al infinito del fracaso. De ese modo el sistema legitima su apreciación de que la culpa es legítima. El resultado es que navegamos en la incertidumbre. Vagamos amenazados de una orilla a la otra, nos aferramos a situaciones imposibles, vacilamos, nos abandonan y abandonamos, las bases de nuestra existencia se abren, la tierra se resquebraja, se multiplican los abismos.

La violencia siempre usa disfraces grotescos. Altera valores y jerarquías que parecían inalterables, caotiza. El esfuerzo por sustraerse a ella es interminable. La degradación y la humillación del sujeto también. «Siempre ha habido hombres que han defendido los derechos de lo irracional. La tradición de lo que se puede llamar el pensamiento humillado nunca ha dejado de estar viva». (Camus). La culpa neutraliza y detiene los intentos de salir. La conciencia culposa en nuestra cultura, como en los relatos de Kafka, está organizada para manipular y controlar a los individuos. Espacios cerrados, recintos infranqueables, donde el deseo de vivir está condenado a fracasar. *Esta es una cultura de crucificados.*

Nuestra moral judeocristiana nos coloca frente a paisajes deshumanizados que son testimonio de su poder y de su falta de compromiso con el dolor de sus criaturas. Azar y ley se unen en la concepción de destino. Y solemos llamar destino a lo que nos aplasta o ahoga. Esta «ética de la sumisión», como dice Camus, tiene que ver con una identidad gregaria que nos convierte en irremediables comparsas de una realidad carnavalesca y salvaje que inevitablemente culmina en frustración, enfermedad o suicidio. *Matarse es un modo de denunciar una cultura despersonalizada que cultiva la indiferencia. Somos víctimas de la ausencia de respuestas.*

Todos los discursos autoritarios contienen la promesa utópica de organizar un orden según las necesidades del ser humano. Sin embargo, entre un pasado ya agotado y un futuro fantasmático, la espera a la que se nos condena no nos permite sustraernos del sistema de control, sino que paradójicamente prolongamos su permanencia. Nuestra es la clausura. La redención es ajena. El sistema autoritario trata de neutralizar la fuerza de los proyectos de cualquier subjetividad y a la vez enmascarar sutilmente la fuente de esta alienación. Yo siento, intento reflexionar, la realidad me afecta, no puedo evitarlo, me doy cuenta de las cosas, intento expresar lo que pienso. El sistema de valores del totalitarismo minimiza el discurso individual y lo rotula de patológico. Se trata del ahogo o la intemperie.

El ahogo o la intemperie

Alternamos la experiencia de libertad con el sentimiento de abandono, el compromiso de la entrega con la vivencia de la asfixia. Para Kafka, la distancia entre la libertad y la desolación es relativamente escasa. El poder manipula a gusto «el terror a la intemperie», convierte la libertad en tabú y la enajenación en un simulacro de protección y de seguridad.

Toda ruptura con el sistema de poder se convierte en amenaza de ruptura con uno mismo, en renuncia a vivir. Esta ideología inmolatoria tiende a destruir cualquier experiencia transformadora. Nos reduce a respuestas programadas y previsibles. Las relaciones de los hombres entre sí se cosifican y paradójicamente se personifican las relaciones con los objetos y mercancías.

Culpas, deudas, hipotecas se multiplican geométricamente en nuestra cultura. El modo más eficaz de domesticarnos y neutralizarnos como sujetos es mediante la culpa por existir, ésta es una de las herramientas primordiales de cualquier sistema totalitario. La culpa es el precio que pagamos por nuestra sumisión incondicional. Se nos induce a sostener la mentira organizada que nutre las articulaciones de los regímenes represivos. *Lo arbitrario se convierte en la legalidad dominante de nuestro tiempo.* Se eternizan aquellas estructuras que se pretende justificar. Los héroes de Kafka, al igual que cualquiera de nosotros, son víctimas de este sistema de poder y de control, pueblan el universo y después de un maratón de frustraciones se marchan gritando socorro.

El cuerpo es rey

Georg Bendemann es blanco y soporte del deseo y de la perversión del padre. Su cuerpo capturado por hilos insensatos se proyecta fuera de las membranas que lo confunden. Comprometemos el cuerpo en la expresión de los desgarramientos de nuestra conciencia. Reflexiono sobre la relación que establecemos con nuestro propio sistema de represión original inscrito en nuestro cuerpo con marcas indelebles y a veces inaccesibles. *Somos una metáfora de los males sociales que nuestra época nos obliga a vivir.*

El cuerpo es rey. Testimoniamos en él alternativas históricas y políticas. Nuestros cuerpos vulnerables milagrosamente siguen proporcionándonos conocimiento. A veces, pienso que nuestra sensibilidad es absurda y nuestra honradez elemental. El espíritu que alcanza sus propios límites debe juzgar y llegar a conclusiones. Creo que es en este punto donde se inscribe el suicidio o bien la respuesta creadora.

Adoramos lo que nos aplasta

Miro a mi alrededor y veo sujetos que dicen que sí y actúan como si pensasen que no. Observo el desnivel casi constante entre lo que imaginamos ser y lo que somos realmente. Veo a grandes personajes actuar muy mal mientras enuncian discursos llenos de retórica y de moral. Veo que en este universo tan cerrado y restringido respecto de lo humano, deificamos y adoramos lo que nos aplasta y encontramos siempre algún pretexto para quedarnos ahí donde nos humillan y abandonan. Amamos lo que nos ahoga. Partimos del amor confiado y llegamos a la divinización de lo absurdo hasta aferrarnos a los dioses que nos devoran. Adoramos el poder que nos humilla.

Toda *persona* adora a un fascista
la bota sobre la cara el bruto
bruto corazón
de un bruto como tú (Sylvia Plath).

Mi propia obediencia me otorga la ilusión de participar del poder que reverencio, lo cual me da una sensación de fuerza y seguridad. Si el poder decide por mí no puedo equivocarme, estoy protegida, el poder me vigila, no estoy sola. Mi obediencia se construye y se nutre de mis miedos. Una certeza, una sola certidumbre, a veces, es suficiente para liberarme de los infiernos fantasmáticos que yo misma he creado. El rechazo de los convencionalismos y los prejuicios es también el rechazo de una existencia condenada a prestigiar y priorizar las formas externas.

La metamorfosis de la violencia

«En nosotros perviven los oscuros rincones, los paisajes misteriosos, las ventanas ciegas, los patios sucios, las tabernas ruidosas y las pensiones herméticas. Caminamos por anchas calles de la ciudad nueva, pero nuestros pasos y nuestras miradas son indecisas. En nuestro interior temblamos todavía como en los viejos callejones de la miseria». (Kafka). Todos tenemos un conocimiento intuitivo de lo que es humano y de lo que es inhumano. Todos sabemos, de un modo u otro, qué contribuye a mejorar la vida y qué la destruye. «Se trata de remediar nuestras imperfecciones morales», dice Maimónides.

Nuestra cultura reedita, disfrazadas, las heridas ancestrales y las identificaciones destructivas con personajes trágicos del pasado. Quizá cuando podamos reflexionar sobre las adhesiones inconscientes a los sufrimientos

atávicos, podremos sostener la esperanza de la supervivencia del hombre y la construcción de un porvenir más armónico y más feliz.

Intento modelar la calidad de mi amor. Aprendo a achicar gestos y profundizar significados. Trato de ser fiel a una «ética de la lucidez», sin humillar el pensamiento ni los afectos y obstinándome en la lucha que mantenga viva la esperanza. Yo creo que la ternura diaria, la creación, nuestra nobleza perturbada, esa infinita nostalgia de unidad volverán a recuperar sus puestos de privilegio en este universo disperso que tantas veces nos decepciona y que Kafka testimonió confrontándose con su propia oscuridad. Yo creo que se trata de vivir lo más posible. Se trata en realidad de estar frente a la vida y tomarle la mano con la mayor frecuencia posible. Se trata de nuestra «eterna vivacidad».

Liliana Mizrahi



La balsa de la Medusa

Número 34

1995

REVISTA TRIMESTRAL

W. Benjamin, *El circo de Ramón*. J. M. Marinas, *Paisaje primitivo del consumo*. J. M. González García, *Los riesgos de la autenticidad*. O. Mandelstam, *Del «Coloquio sobre Dante»*. V. Bozal, *El cubismo bien temperado*. J. Á. López Manzanares, *Ortega entre las «fieras»*. I. Á. Puente, *La imagen del movimiento: Danza fotografiada*. Notas: E. de Diego, *Que el Papa viene a verte*. A. de Prada García, *De lenguaje y poder: sacerdotes y letrados*. Libros: J. L. Molinonuevo, *Naufragio con historiador*. J. I. Velázquez, *Aragón: El estilo de la subversión*. G. Volland, *Ocasiones perdidas: Las pinturas de pequeño formato de Goya*.

Edita Visor Dis., S. A.

Redacción, administración y suscripciones

C/ Tomás Bretón, 55

Teléfono 468 11 02

28045 MADRID

Precio del ejemplar, 800 pesetas. Precio número doble, 1.600 pesetas.

Suscripción anual (4 números): España, 2.900 pesetas.

Europa, 4.000 pesetas. América, 4.500 pesetas.